

Sin duda fui el primero en llegar. Ya en el ascensor, junto a las dos personas que se desplazaban conmigo, el ambiente de silencio era demasiado espeso. Al llegar a la sala, la número 4, se percibía un olor pegajoso, efecto de una limpieza reciente con un ambientador barato, o tal vez provenía de un exagerado ramo de flores colocadas con poco acierto estético sobre un trípode metálico.

La reunión, convocada a partir de las 18 horas, iba a tener lugar en aquella sala luminosa, pintada con un tópicico blanco roto y decorada sobriamente. Yo estaba al fondo de la sala, me quedé allí, esperando; al contrario que en otro tipo de situaciones no estaba inquieto ni preocupado. Una lámpara de diseño inexplicable proporcionaba luz suficiente, y junto a la puerta de entrada un aplique iluminaba una pequeña mesa sobre la que habían colocado algún libro.

La música fue llegando lentamente, como deslizándose por el pasillo hasta llegar a la sala, y luego unos pasos y el murmullo de voces. Era una música anodina, sin duda de algún clásico virtuoso de hace tres siglos. Yo prefiero algo con más ritmo. Siempre me han gustado las melodías que atraviesan los poros y van activando los músculos hasta provocar un movimiento de las articulaciones. Recuerdo que Andrea me suele decir: “Si es que enseguida te pones a bailar, se te van los pies.”

Vi mis pies quietos, embutidos en aquellos zapatos que me regalaron por Navidad y lustrosos para la ocasión. Mis pies y mis manos no se activaban con aquella música. Tal vez si hubiese sido una habanera, quizás. Fueron llegando puntuales a la convocatoria y, tras el murmullo inicial, surgieron los saludos convencionales, todos con unos rostros marcados por la seriedad, la sorpresa de un reencuentro o la impaciencia por acabar cuanto antes. Andrea se acercó hasta el fondo de la sala. Fue la primera en hablarme.

Ay, Fidel, no veas lo que he recordado estos días aquel viaje a Granada, aquel restaurante en una callejuela perdida de Albaicín, aquel bureo de risas y aquellas miradas interesadas en no se sabe qué, tú celebrando tu título de ingeniero químico con tus compañeros de promoción y yo disfrazada de fresa en la fiesta de despedida de soltera de mi amiga Marta. Y ahora...

Era como ella lo contaba, con emoción, reviviendo el momento como si fuese una representación teatral. Siguió así unos minutos, de vez en cuando carraspeaba y su voz se adelgazaba y se escapaba hacia el ventanal.

Fidel, ahora hay que tomar una decisión. La empresa no puede funcionar sin tu gestión. No va a ser fácil.

Y tras un silencio del que yo no acerté a calibrar su significado, se alejó para saludar a una señora mayor, la madre de mi cuñado Álvaro, que renqueaba avanzando lentamente apoyada en su bastón. Álvaro me miró, avanzó unos pasos y se detuvo ante mí a la espera. Comenzó a hablar como para sí mismo, como para que nadie le escuchase, como moviendo los labios para que yo pudiese adivinar sus pensamientos.

Mira, Fidel, ahora no importa que lo sepas. Andrea no quiso que te lo dijese hace dos meses, cuando empezó todo. Bastante tenías tú con lo tuyo. Andrea estaba muy preocupada por ti.

Noté que sus ojos se enrojecían y sus labios vocalizaban palabras entrecortadas.

En quince días será efectivo el embargo de la empresa según la sentencia. Dan la razón a la delegación de Hacienda.

La voz no alcanzaba un tono audible. Intenté comprender, pero fue inútil. Alguien le llamó, se fue hacia el otro extremo de la sala. Me quedé nuevamente solo. La música dejó de oírse. De alguna parte del edificio comenzó a llegar un rumor persistente, como un sonido monótono de olas, como un mantra repetido hasta el aturdimiento.

Observé que el reloj de pared situado junto a la puerta continuaba marcando las dieciocho horas. Algo parecido al eco evocó repetidamente en un susurro un... ¡adiós! Luego, los operarios colocaron la tapa del ataúd. Me quedé así en total oscuridad.

Fui acompañado hasta el crematorio. Silencio y luego nada.